

DE MONTERIA.



Jan. 20/8/MFC

BNPW
PO-RV
RD803.42
M738 d



32234 lig



Imm. 2018/12



BN
RD863.42
M738d

Compra
Muller orage puer - 1

I.

A fines del mes de Marzo del año de 1890 vi realizado un deseo que durante mucho tiempo acariciaba con una insistencia no común en mí. Quería hacer una montería y experimentar las emociones cuyo relato, poblaba de curiosos en las noches, los bohíos de los monteros del pueblo. Presentía que no mediarían muchos años sin que la impenetrabilidad de nuestros montes fuera violada por el hacha y el machete y que, para entonces, desaparecerían todas las características que, aún a la fecha aquella, conservaban nuestras cosas de los buenos tiempos de Marí-Castaña.

Salimos, pues, hacia las monterías de Canabacoa, en una madrugada fría, envueltos en una espesa neblina que se cuajaba en gotas lechosas sobre nuestros vestidos, cinco monteros del pueblo y yo, con tres mulas y diez y nueve perros. No llevábamos otras provisiones que tabaco, sal y azúcar; dos garrafas de aguardiente y diez o doce manojos de los ilustres fósforos de peine. Llevaba yo mi escopeta, una palomera de las primeras en llegar a la re-

Reg. No. 001923



gión y que se me envidiaba como a mujer de prójimo.

La jornada era larga y al paso cauteloso de las mulas, pesadas por el ocio, no llegaríamos al primer paraje sino a la caída de la tarde. Así fué; con un tiempo magnífico, llegamos a la hora en que se acostaban las gallinas, al rancho de Las Charcas. Ese rancho marcaba el límite de la zona doméstica y estaba ocupado por los mayores de José de los Reyes, el Alcalde, y de los sucesores del Cura y Bachiller Don Manuel González Bernal, de feliz recuerdo.

Cuando hubimos desaperado las mulas, se me acercó uno de los compañeros y en tono burlón me dijo:

—Bale, mire el cielo...

Miré el cielo; era un trecho estrellado que se destacaba como el fondo de un cuadro enmarcado por las altas y espesas copas de los árboles que apretaban la pequeña plazoleta que ocupaba el rancho.

—Lo veo, ¿y qué?

—Que pasarán muchos ratos sin que lo vuelva a ver.

Así parecía. Hacia adelante, hacia el rumbo que llevábamos, se presentía la existencia de un bosque bravío, cuyas soledades, madrastras de ruidos trascendentes y confusos, ponían una impresión como de miedo en el espíritu.

Recuerdo que dormí poco aquella noche. El roncar desaforado de las quince personas encerradas en los dos estrechos cuartos del rancho, formaba una estrambótica orquestación a la cual se unían los quejidos de los perros desesperados por el ataque de las pulgas.

Conté las horas demasiado pronto y fué así, que, sólo después de mucho de estar el campamento en pié, comenzaron a gruñir los cerdos en las pocilgas, anuncian-

do la madrugada. Salimos entonces y, a poco andar, nos internamos en la selva que se fué haciendo grado a grado precisa hasta quedar por fin envuelta en un tono vago, sombrío, como de nave de convento.

Otro día de marcha y llegamos al paraje de Vicente. Ese paraje lo formaba la cavidad de una roca que se estrechaba hacia el fondo en forma de embudo y cuya entrada cerraba una empalizada de dos pies de altura. Ahí pensábamos instalarnos en definitiva por los días que durara la expedición. Me hice plaza en un hueco de la roca, cercano a la salida, para evadir el tufo a murciélago que impregnaba el ambiente. Los demás, después de comer ligeramente parte de las provisiones que sacamos de Las Charcas, se echaron sobre los montones de hojas secas que alfombraban el interior de la cueva, y a poco roncaban con el tono habitual.

Tampoco lograba dormir aquella noche. El silencio grave, aguzaba mis sentidos. Advertí aullidos sordos, acompasados y lejanos. Pensé en perros de vecindarios ignorados e imaginé un límite posible del páramo hacia poniente, el lado de donde venían los ladridos. Poco a poco los ladridos se fueron acercando. Nuestros perros se apretaron entre sí y gruñeron temerosos. Inquieto entonces, llamé a los compañeros.

Eran los jíbaros; en gran número rodearon la cueva y, a juzgar por la proporción de los ladridos, debían ser animales corpulentos, así como caballos.

Mis compañeros no se preocuparon al principio, pero luego de notar la rara acometividad de las bestias, resolvieron hacer una fogata a la entrada de la cueva. Poco a poco las llamas esparcieron sus claridades por el contorno y así pude distinguir, en las sombras

opalinas, muchos bultos inquietos de ojos fosforescentes.

Había oído hablar de los jíbaros. Eran perros salvajes, algo más desarrollados que los domésticos. Vivían devorando los cerdos montaraces, y con los hombres no se atrevían sino en casos raros de propia defensa. Sin embargo, aquella noche parecían dispuestos a probar lo contrario. Apretando el cerco, llegaban a husmear los troncos encendidos de la fogata y sus orejas enormes, que les caían sobre los ojos, chasqueaban con estrépito de matracas.

Hice un disparo al azar con mi escopeta, y entonces, la jauría, en un coro sostenido, centuplicó sus aullidos ensordecedores.

Celebramos consejo adentro. Dedujimos que aquella noche los jíbaros debían tener hambre y por esa causa se atreverían a atacarnos. Nadie, no obstante, a excepción de mí, daba muestras de la más ligera inquietud. No quise ser el más impresionable y resolví adoptar, a mi vez, una actitud despreocupada.

Estábamos todos sentados en rueda en el interior de la cueva. El humo de los cachimbos enrarecía el ambiente. De vez en cuando un montero hacía el breve relato de un lance con jíbaros; mientras tanto, la fogata iba esparciéndose en pequeñas lenguas que se extinguían chisporroteando.

Cuando la cueva quedó a oscuras, vimos brillar en la entrada muchos puntos luminosos. Al ponernos de pies instintivamente, sentimos en el rostro el aliento húmedo de las bocas abiertas.

—¡Cuidado con los machetes!—gritó alguien.—

I aquello fué un lance terrible. Seis personas, diez y nueve perros y no se puede precisar el número de jíba-

ros, todos dentro de un espacio de no más de quince pies de diámetro, sobrecargado de oscuridad por el humo espeso del tabaco, nos debatimos furiosos por espacio de un cuarto de hora. Cuando hubo amanecido, yo y tres compañeros más, nos encontramos caballeros sobre el aguzado borde de una roca que, a ellos como a mí, nos atajó la fuga que llevábamos; otro estaba sobre las ramas más encumbradas de un corpulento roble próximo y el quinto apareció después, saliendo del fondo de un breñal. Nadie estaba herido, pero faltaban siete perros.

Exploramos la cueva y encontramos al fondo, tres camadas de cachorrillos tiernos; los amacheteamos tan menudamente que fué necesario recogerlos en yaguas.

II.

Ya entrada la mañana y después de haber tomado únicamente un cocimiento de jenjibre, raíz que podíamos recoger sin esfuerzos porque se prodigaba alrededor de la cueva, salimos con los perros tres de los monteros y yo; los demás, se quedaron con el objeto de levantar la empalizada para cerrar la cueva en previsión de otra incursión de los jíbaros. Nos dirigimos hacia levante.

Más o menos a las dos horas de marcha y viendo que los perros se arremolinaban ladrando, señal de que descubrían el rastro de algún animal, soltamos los dos más experimentados, que eran, según se me había hecho entender, famosos perros de busca. Partieron como flechas en una misma dirección. Mientras tanto, se encendieron los cachimbos, y yo, a dos manos, trataba en vano de acosar los jejenes que se me cuajaban sobre la piel, erizándomela a picadas.

—Va a llover—observó uno de los monteros.—

—Y mucho—agregó otro.—

—¿Por qué se sabe?—interrogué.—

—¿No ve Ud. los jevenes? Cuando hay de ellos la cantidad que ahora...

Se perdió la explicación; porque se oyeron a lo lejos, tal como si surgieran del fondo de un pozo, los ladridos acompasados de los perros.

—¡Ya!—gritamos a una sola voz.— Le dimos suelta a los perros restantes y salimos tras de ellos a trote corto.

La carrera se hacía larga. Muchas veces llegábamos a divisar la jauría entre las breñas, pero a poco desaparecía y sus ladridos tornaban a llegar profundos, como la primera vez.

La selva, a veces tupida, a veces clara, se extendía con la perenne secularidad de sus árboles nudosos y gigantes, y la tierra húmeda, formada como si fuera de polvo de café, se abría bajo la presión de los pies apriionándolos hasta los tobillos. Encima de las copas de los árboles, invisibles, calentándose a los rayos del sol que quizá remontaba en un cielo claro, los cuervos ensayaban su jerga estridente.

Bañado en sudor, yo sobrellevaba la fatiga a fuerza de amor propio. No quería desmerecer a los ojos de aquellos corredores sin hiel, hechos a toda suerte de trabajos, que habían considerado mi presunta debilidad como un inconveniente para la expedición.

Nos acercamos por fin a los perros y notamos que ladraban con el hocico hacia arriba.

—¿Qué?—interrogué confundido.—

Por toda respuesta noté pue los monteros se rasaban con aire pesaroso las cabezas. Esa señal elocuente me hubiera sumido en un mar de reflexiones, si sobre un gancho grueso de una cabirma, no hubiera divisado un



hermoso gato de piel jaspeada y rabo profusamente fel-pudo como rabo de zorra.

Mientras los monteros incriminaban con los más agrios denuestos a los perros, acompañando los denuestos con pedradas, disparé mi escopeta sobre el gato que dió una voltereta en el aire y cayó pesadamente a mis pies.

Entraba la tarde y recordamos con pesar que en el paraje no había de comer más que unos tacos de yautía traídos de Las Charcas. Para agravar la situación, empezaron a caer, a través de las copas de los árboles, gruesos chorros de agua.

Celebramos consejo; como consecuencia, apaleamos los perros, obligándolos a seguir, con desagrado, rastros inciertos de animales que habían pasado talvez hacía muchos días. Por fortuna, no transcurrió largo rato sin que oyéramos que ladraban en tumulto y con tenacidad.

—Agora si no é coi gato—dijo uno de los monteros.—

—Eso é coi animai grande—agregó otro.—

Reanimados, nos dirigimos siempre al trote en derecha a los ladridos. Esta vez no corrimos mucho rato. Nos detuvimos al rededor de una ceyba centenaria cuyas raíces se prolongaban hacia afuera, formando entre sus planos grandes huecos angulares. En el fondo de uno de esos huecos, estaba el objeto del ataque de los perros.

Nos acercamos poco a poco y fuí yo el primero en divisar un cerdo con el pelo erizado y cubierto el hocico de una espuma amarillenta y espesa. Estaba, como dicen para el caso, entablonado.

Enardecidos los perros, redoblaron los ataques cuando notaron nuestra presencia. Algunos llegaban hasta alcanzar el hocico del cerdo que, enfurecido, entrecho-

caba los colmillos con un sonido metálico. Viendo que los perros lo apretaban de más en más, el animal se decidió y acometió con una arrancada súbita. Hombres y perros retrocedimos en confusión y en el mismo instante, notamos que dos perros se retorcían por tierra con las entrañas afuera.

Yo era para entonces muy joven y no sabía contener esos impulsos raros que tienden a lanzarme a los peligros con una violencia epiléptica. Aquella vez, recuerdo, la figura del cerdo arrogantemente trágica, arqueado el lomo como un gato en alerta, con el hocico ensangrentado y en los ojos una como visión siniestra, me dió la impresión de un reto que contesté abalanzándome sobre él...

El cerdo retrocedió un momento. Sentí detrás de mí el silencio expectante de animales y hombres; sonó un tiro y, bajo la impresión de un golpe agudo y seco, rodé por el suelo fangoso, paladeando un líquido viscoso y tibio.

III.

Cuando recobré el conocimiento me encontré sobre unas angarillas formadas ligeramente con gruesos troncos de árboles anudados con bejucos. A mi lado, cuando largo era, se agitaba en los postreros estertores de la agonia, un verraco zinchado.

Hice un esfuerzo y me puse en pié, miré a los compañeros en cuyos continentes se acusaba un sobresalto nervioso y procurando sonreír les pregunté:

—¿Qué pasa?

—Muerte por muerte—me contestaron, y más sosegados, mientras me obligaban a echarme de nuevo sobre las angarillas, comenzaron a referirme el final del lance, del cual yo no tenía sino una vaga noción.

—La tá contando de chepa...Ave María Purísima...

En efecto, por el pantalón se deslizaba un hilo de sangre y una debilidad dolorosa me aquejaba.

—¿De dónde te salió la caballá esa de dirle encima a ese animai, asina, sin ná, con la manos abieita? ¿A lo menos te creía que era aigun ratón? Gracia a que Mano

Casiano echó mano a la ecopeta y enún decí Jesú laigó, cuando ya ei barraco te tenía abajo y comenzaba a gatai de tí.

Mientras tanto, el agua apretaba y al caer sobre las hojas, producía ese ruido monótono, a intervalos suspendido, que repercute en el oído con un raas... raas... raas... interminable y fatigoso.

Inquirí a los monteros acerca del lugar en donde nos encontrábamos; lo ignoraban; el instinto les decía que rumbo al Oeste estaba el paraje, pero no podían precisar a cuantas horas de marcha.

La situación era por demás penosa; había que transportarme en hombros, a mí y a las angarillas que pesaban tanto como yo, al verraco y a los perros heridos.

Prontamente descuartizaron el cerdo. Cada montero acomodó como mejor pudo una pieza y se la cruzó a la espalda, sobre ella y después de amarrarlos piés con piés, los dos monteros más robustos se pusieron los perros que ladraban agudamente y entonces, echándose en hombros las angarillas, se emprendió la marcha de regreso.

Todos los episodios de la montería aquella han perdurado frescos en mi memoria; pero el recuerdo de esa travesía se me ha impreso tan tenazmente, que aún me parece sentir en las costillas el dolor que me producían los palos en que iba atravesado.

Desde el principio protesté y, no obstante mi debilidad, porfié por abandonar las angarillas para librar a los monteros de parte de una carga excesiva que dificultaba por demás, el estado del terreno y la lluvia pertinaz e inclemente.

Se marchaba de zigzag, sorteando las enormes raíces que surcaban el suelo; evitando los hoyos que impi-

nadamente surgían a cada paso y los baches profundos como tembladeras. Ibamos seguidos por una nube de mosquitos pegajosos y zumbones, agresivos como avispas, que dejaban al picar una roncha sangrienta y un escozor de cinapismo.

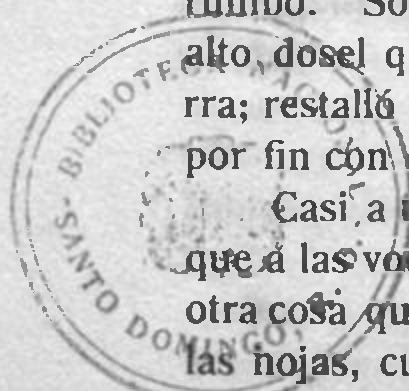
Casi súbitamente, sin las variaciones de tono que se advierten en las praderas, se hizo oscuro y las luciérnagas, como farolillos oscilantes, salpicaron de puntos luminosos el contorno. Entonces, los monteros empezaron a vocear, profunda y pausadamente, y las voces retumbando, se extinguían a lo lejos, ingravidas y lastimeras como quejas.

Más que del dolor, de una desolación profunda era yo presa. Apocado el espíritu, recordaba angustiado la casa, animada a esa hora al amor de la luz y hubiera dado parte de la vida por abrazar a mi madre, como lo hiciera un chiquillo secuestrado, prorrumpiendo en esos gritos que son más elocuentes que todas las imágenes: mamá... mamá... mamá!...

Sugirió uno que se disparara la escopeta para indicarle a los que se habían quedado en el paraje nuestro rumbo. Sonó el tiro; descendió como un trueno bajo el alto dosel que formaba la ramazón que cobijaba la tierra; restalló a lo lejos en explosiones sucesivas y se fundió por fin con el raas... raas... raas... del agua que caía.

Casi a tientas avanzamos durante mucho tiempo, sin que a las voces, ni a los ladridos de los perros, respondiera otra cosa que el ruido de la lluvia implacable al caer sobre las nojas, cuando notamos a lo lejos un punto luminoso, mayor que una luciérnaga, que se ocultaba y reaparecía.

—Allá vienen; son élloses!...—exclamaron los monteros.—



La luz se agrandó; tomó un color violáceo; osciló un momento, emprendió luego una carrera loca y rebotando de lo alto abajo y de abajo a lo alto, incendió el bosque con un reguero de chispas parpadeantes.

—¡Vígen de Laitagracia... ei jacho!...

Cayeron al suelo las angarillas y con ellas yo; mas al caer, agarré a uno por las piernas que pugnando por zafármese, empezó a rezar, mientras se daba en el pecho:

—Creo en Dió padre criadoi dei cielo...

Mientras otro más lejos gritaba:

—¡Jesú-manífica!... con tré te miro... con tré te epanto!...

Y aquellos hombres bravíos, de quienes había oído milagros, sugestionados por la superstición y la fantasía, dieron el espectáculo del miedo más infantil.

Trabajosamente me incorporé y haciendo con tres palabras un exordio vigorosamente obsceno, expliqué a voces lo que era aquello; lo que la gente sensata sabía que era. Nada valía; los perros mismos, aullando lúgubremente, contribuían a hacer más pavoroso el momento.

Buscándose en la oscuridad unos a otros, los monteros se agruparon en torno mío, en promiscuidad con los perros que aullaban siempre. No había manera de que se separaran y fué necesario que me apoyara en ellos, sobreponiéndome al dolor y a la debilidad que sentía, que era más grande que el dolor, para así apiñados poder seguir la marcha.

Sería más de media noche cuando por fin divisamos la candela encendida delante del paraje. Los dos monteros vinieron a nuestro encuentro y yo los abracé como si hiciera un siglo que no los veía.

En un momento echaron dentro de una paila, gran-

des trozos de la carne que traíamos y que a poco, borbolloneaba levantando un espumarajo espeso.

Me tomé una taza de caldo de verraco y me dormí con el sueño profundo que da el cansancio de cuerpo y de espíritu.

IV.

Echado boca arriba sobre una alta barbacoa que me hice construir y soplando el humo del cigarrillo que mantenía encendido para alejar los jejenes, iba pasando en la cueva, solo, la mañana del siguiente día. Los monteros habían salido al amanecer, con rumbos nuevos, en busca de las manadas de cerdos, tan notoriamente abundantes por aquellos parajes y de las cuales, cosa muy rara, no habíamos encontrado ninguna. El verraco que matamos, fué lo único que pudieron descubrir los perros en un radio que era suficiente para producir la carne que no pudieran cargar nuestras monturas.

Yo me iniciaba para entonces como traficante en maderas, e hilando pensamientos, me entretenía en balancear las riquezas que atesoraban aquellos bosques interminables, hasta que me quedé dormido. Soñé que entró en la cueva, cuyo techo se alzó al poderoso esfuerzo de sus hombros, el genio de aquellas soledades. Era un Wotan gigante de barbas enredadas como bejuqueras, entre las cuales trepaban baciliscos y formaban colonias

las avispas. Ahincado, se quedó mirándome mucho rato. Tímidamente le ofrecí una garrafa de aguardiente. Probó; hizo un gesto de estornudo y luego empezó a tragar, sorbo a sorbo, sin despegar los labios de la garrafa. Los cartílagos de la garganta, separados por estrías profundas, subían y bajaban con ruido de tambor; los ojos se le iban humedeciendo gradualmente y abrillantándosele con extraños resplandores. La garrafa se levantó hasta ponerse horizontal y a poco se contrajo y se plegó succionada. Me apresuré a pasarle la otra. Con una sonrisa imbécil, tendió la manaza para agarrarla, pero entonces, una idea rápida se me ocurrió.

Aquel dios semiborracho, a cambio de más aguardiente, podía hacer lo que se me antojara. Retiré la mano alejando la vasija y empezamos un juego de muchachos. Nuestros brazos hicieron, acompasadamente, durante un rato, el estira y encoge. El pobre dios, cada vez más embargado por los vapores del alcohol, se ponía perfectamente en ridículo. Al fin, molesto, salió de la cueva, hizo algunas zapatetas y gritó con voz de trueno que sacudió el contorno. Salí tras de él y vi con sorpresa que arrancaba de cuajo los árboles cercanos y los hacía astillas que lanzaba a una prodigiosa altura. Un chorro de sol espléndido, penetraba por el desmonte.

Le hice ademán de que se contuviera y le señalé ciertos árboles, eran cedros vetustos de entrañas rojas y olorosas. Comprendió mi idea e inmediatamente se puso en acción. Arrancó metódicamente, desbrozándolos de las ramas, millares de cedros cuyos troncos agrupados formaron un haz inmenso. Me tendió la mano en demanda de la garrafa. Con otro ademán de espera le señalé los espinillos, lisos y empinados; luego las cabirmas

sonrosadas de poderosos ganchos como brazos tendidos; después las barías, las yayas uniformes y rectas como palos de barco...

Desde la cima de un haz, divisé a lo lejos el pueblo como un punto brillando al sol. Se lo señalé al dios y le hice comprender mi nuevo deseo. A poco, los troncos fueron lanzados unos tras otros y se perdían en la dirección indicada, mientras yo iba mentalmente sumando los millares de pies que contenían: mil, diez mil, millón...

Del último tronco me agarré y fui lanzado al espacio con él, después de abandonarle al dios, lealmente, la garrafa de aguardiente.

Crucé por sobre el follaje verde intenso, con la rapidez de un meteoro; seguí por encima de las sabanas amarillentas, en cuyos recodos grisearon sucesivamente las viviendas de Las Taranas, Sabana Grande, El Horno, San Lorenzo... Seguí el curso serpenteante del Boyá que no era más que un hilillo de plata que hilvanaba las brezas y caí súbitamente en la plazoleta del pueblo. Del golpe desperté, porque efectivamente, había caído de cabeza desde la barbacoa.

Era más de medio día cuando regresaron los monteros. En los rostros que la humedad volvía de color cenizo, se reflejaba una amarga desazón. Entraron en la cueva seguidos de los perros, todos del color bija de la tierra y acusando como los monteros una gran fatiga.

Habían recorrido inútilmente los ribazos de Ara hasta donde se entrevistaban Los Conucos Viejos, sin encontrar ningún animal. Sin duda, las manadas de cerdos y las vacadas cimarronas se habían ido a pastar a los haitíes o los habían traspuesto para ir más lejos, a las riberas del Yuna quizás.

Era necesario ir allá o volver al pueblo.

Volver al pueblo no era posible; sería ésta la primera expedición a que tal ocurriera, y ellos, los monteros, no tenían cara con que presentarse en sus casas con las manos vacías. Pero, para cruzar los haitíes, por lo menos setenta u ochenta lomas erizadas de piedras cortantes como vidrios y flanqueadas por riscos que daban escalofríos, había que poner el alma con Dios; y si por ma-

nos del diablo era necesario bajar hasta el Yuna, misericordia....

Y los monteros al hacer esos comentarios, se miraban y me miraban a mí.

Me encontraba a la verdad, convertido en la impedimenta de la expedición. La pequeña herida me había hecho desangrar y la pérdida de sangre me había debilitado. De contextura un poco enclenque, de seguro parecía estar más mal de lo que en realidad me hallaba. Pensé que de todos modos, con un día más y algunas tazas de caldo me restablecería y tomando resueltamente la iniciativa, decidí el viaje a los haitíes, al Yuna, o a donde hubiera que ir.

En seguida comenzamos a prepararnos para salir al día siguiente, y en eso, se nos echó encima la noche; una noche cálida, llena del tintineo de esos animalillos minúsculos e intrigantes que los campesinos han bautizado con el nombre de caicajíes y que pueblan las selvas con profusión asombrosa.

Mientras que la paila hervía, me puse propicio a las confidencias y les referí a los monteros mi sueño de la mañana. Me hicieron detallar menudamente los rasgos físicos del personaje del sueño y así que lo hube hecho hasta con prolijidad, la conversación se encauzó por la vía de las leyendas. Escuché entonces, esa multitud de cosas disparatadas, aunque no desprovistas de belleza y de interés, que en el concepto simple de los campesinos tienen la consagración de verdades comprobadas.

El personaje de mi sueño era sin duda uno de los misteriosos pobladores de las serranías. La fiebre me lo hizo ver como no era y haciendo cosas que en realidad no hacen. La cueva de Vicente, como otras muchas que

se encuentran por aquellos contornos, está habitada por indios, por ciguapas y por biembienes, las cuales abandonan para rondar por los alrededores, como ánimas en pena, cuando como nosotros, los monteros o los viajeros retrasados se alojan en ellas. Ellos tenían la seguridad, hasta por el olor a azufre que se respiraba, de que una de esas ánimas había visitado la cueva en aquel día.

Mi incredulidad se exteriorizó con una sonrisa burlesca y mortificados los monteros, entraron en detalles:

No hay montero—dijeron—que tenga canas, que no haya visto por lo menos uno de cada especie; y yo que era desvelado, oiría en cualquiera noche retumbar sus voces llamándose los unos a los otros.

Las más difíciles de ver son las ciguapas, porque tienen el olfato más desarrollado que los perros y huyen casi siempre sin que se les presenta; a lo más, en las selvas muy espesas, lo que suele notarse a su paso, es el batir de las ramas de los árboles y el fuerte olor a azufre que de ellas se desprende; pero se sabe que son personas refractarias al agua de bautismo, que tienen los piés para atrás y una larga cabellera que las cubre. Los indios son como un cristiano cualquiera, inofensivos; las huellas de sus pies están en Miguel Ruiz, en las laderas de Ya y en cualquier parte, y ellos, desde que los blancos cubrieron con sus pecados la tierra, vagan por los bosques gruesos e impenetrables o se ocultan en el fondo de los charcos profundos de los ríos. De los biembienes, yo tenía que haber oído hablar; a la Ciudad habían llegado dos en tiempos de los Báez; esos parece que son negros alzados, vueltos a la condición de bestias; están armados de poderosos dientes y de largas y afiladas uñas y atacan como fieras cuando se les persigue.

Si se pudiera ir rumbo a la costa, cruzando las mañanas imposibles que tejen los haitíes, se encontraría el lugar en donde todos trabajan en común. De por allá viene el Guaraguao, río que brota de las entrañas de una loma en el camino de El Limón y que en las épocas de crecidas, vomita troncos de plátanos, cepas de yautías, y toda una porción de objetos de consumo que sólo arrastran los ríos que atraviesan nutridos vecindarios.

Hablaron por ese tenor durante mucho rato; yo los escuchaba en silencio, mientras iba sintiendo que mi flamante ciencia de bachiller y el escepticismo que ya para entonces empezaba a ensombrecer mi conciencia, cedían a los sentimientos inexplicables que habían sembrado de pequeño, en mí, la superstición y la conseja.

VI.

Marchando a pie, empezamos a subir las primeras estribaciones de la Cordillera Central, que hacia esta parte de la Isla, se desgrana en una serie de valles diminutos. Llevábamos del cabestro las mulas e íbamos bordeando a tientas los pretilos, midiendo los huecos de las piedras en que pudiéramos hacer pié firme y agarrándonos de los árboles que brotaban exuberantes de los intersticios de las piedras. Las mulas, a punta de cascos, doblgando el cuerpo para sostener el equilibrio, subían y bajaban con pacientes y dolorosos esfuerzos.

Seguíamos una vereda que se me antojaba inverosímil. En mi opinión, ningún mortal antes que nosotros la había trillado, porque de intentarlo, fuera difícil que escapara con vida, como me parecía que no escaparíamos nosotros. No en balde, por arriba, revoloteando entre las ramas, nos seguía un enjambre de cuervos, llenando como un caracol el espacio con sus gritos estridentes. Seguro que festejaban anticipadamente, la hartura que se darían con nuestros restos.

Miraba hacia uno y otro lado, y por dondequiera se me ofrecía el ondular de las rocas calizas cortadas en puntas, que como las púas de un guayo, cubrían los descensos súbitos y precipitados y los escarpados de las alturas vecinas.

Cuando a fuerza de subir llegábamos a una altura máxima, que se adivinaba por el frío estremecedor que se sentía, buscaba yo divisar hacia adelante, un claro que me anunciara el fin de aquel laberinto; un rayo de luz que disipara la bruma entumecedora que nos envolvía y lo que se me ofrecía siempre, era el descenso súbito y el empinado lomo de la altura inmediata, cubierta de púas como un guayo.

Eran esos los haitíes en donde había oído decir a los monteros que se encontraban los animales a caza de los cuales andábamos. Si era preciso corretear tras de ellos aquí, como lo hiciéramos en el llano, mal parado me iba a dejar mi disimulada flaqueza y, aun cuando fuera a costa de mi reputación, estaba resuelto a no hacerlo, aunque fuera detrás del mismísimo becerro de oro.

Sin querer abordar la cuestión, pregunté si todo aquel terreno era de la misma abrupta naturaleza que la parte que cruzábamos.

No, me respondieron; por donde íbamos, era el camino real; para andar cuatro pasos que no fuera por ahí, era indispensable ir amarrado.

Por ese camino real anduvimos interminables horas y gracias a las garrafas de aguardiente, las últimas alturas fueron traspuestas por nosotros en una semi-inconciencia llena de audacia, que nos hacía bailotear en los pretils sobre piedras escurridizas. Al cabo, estábamos en el terreno bajo, habíamos traspuesto los haitíes y nos acer-

cábamos a los extensos pantanos que bordean el río Yuna.

El terreno, color bija, era extremadamente flojo y cedía a la presión de los piés de tal modo, que las mulas a cada paso se hundían hasta la barriga, y nosotros mismos, sólo lográbamos sostenernos agarrándonos en la bifurcación de las piernas.

Eran preferibles los haitíes; así lo pensaba yo, e interiormente me arrepentía de haber intentado la aventura.

El aspecto de la vegetación había cambiado notablemente. En lugar de los grandes árboles enhiestos, de troncos lisos y altas y frondosas copas, parecía que íbamos a ser oprimidos por una acolchonada urdimbre de bejucos que se apretaban sin solución de continuidad. La oscuridad se hacía casi densa bajo aquel macizo de hojas y cuerdas, y se pensaba que era de noche a cualquiera hora.

Con esfuerzos casi heroicos andábamos mucho rato batiendo el mismo fango para desembocar, al lado opuesto de una piedra enorme que se alzaba obstruyendo la trilla.

Al fin, al terminar una revuelta, asomamos a un alto desde el cual se veía verdear una extensa sabana. Un sol opaco, rodeado por nubecillas oscuras, parecía que iba a esconderse tras de un lejano matorral. Saludé a ese sol con expresiones desbordantes de entusiasmo, y mis ojos se fueron rehilando por la esfera del cielo que hacía cinco días que no veía.

Un franco descenso se iniciaba hasta el llano. Como una alfombra verde, sin una arruga que turbara su extensión, recortada a lo lejos por boscajes diminutos, que los tintes de la tarde esfumaban en un azul intenso, aquella sabana me hizo recordar las sabanas de La Estrella, en las cuales había yo correteado desde pequeño. Deseoso de cruzarla, me adelanté a los compañeros, pero me

detuve a sus repetidas voces. Me explicaron que aquello no era sabana, ni era llano; eran sencillamente las ciénagas desmontadas del Yuna, tembladeras pobladas de cumanzales, gramíneas muy desarrolladas, de raíces que hurgan muchos metros bajo un terreno inconsistente y movedizo y cuyas recias hojas tienen aristas que cortan como filo de navaja.

Siguiendo el lindero de la selva, tomamos rumbo al Este en dirección al Mar, y después de mucho caminar y ya de noche, acampamos en un extenso arenal que se me dijo estaba junto a la desembocadura del río Barracote. Con todo, observaron que habíamos hecho una buena jornada en aquel día; atribuimos a los milagrosos efectos del aguardiente el coraje que tuvimos para no rendirnos en aquellos andurriales; pero era tal la cantidad de fango que nos cubría, que no nos conocíamos unos a otros, bajo los rayos pálidos de una luna en cuarto.

Era necesario comer y con esa intención fuimos al río para buscar alguna cosa. Encontramos como si nos esperaran, tres sagos enormes que asamos en puyas.

Los jevenes como una nube espesaban la atmósfera. Pensé que aquella noche sucumbiría irremediablemente, chupado por ellos; desconocía la práctica para burlarlos, mas así que hube visto lo que hacían los monteros y, siguiendo su ejemplo, me enterré en la arena hasta la nariz.

Amanecía cuando fuimos despertados por los ladridos de los perros. Notamos, no lejos de nosotros, en el sitio en donde hiciéramos candela, que un animal corpulento erguía su bulto. Era un toro de cuya talla no lo había visto hasta entonces. Curioso, pregunté a los monteros que de quien sería y me respondieron que de nosotros si lo lográbamos.

Le azuzamos los perros que hormiguearon en torno de él con un martilleo de ladridos agudos como gritos. El toro, con plantaje arrogante, sacudió la testa y con las patas delanteras lanzó hacia lo alto un montón de arena. Por indicación de los monteros tomé la escopeta y le hice un disparo a los ojos. Inició una serie de cabriolas y huyó perseguido de cerca por los perros que le obligaron en breve a detenerse. Entonces, maniobramos de modo de estrecharlo hacia la orilla del río y conseguimos encerrarlo en un recodo pantanoso en donde sumergido hasta los corbejones se defendía de los perros que se le colgaban como aritos de los befos.

Ya lo teníamos. Era un hermoso toro barroso de cuernos brochos desarrollados en prominentes palas. El pescuezo rollizo se le arqueaba apoplético de músculos. Ligeramente un montero enastó el machete al extremo de un cabo largo y por un costado le asestó una lanzada terrible. Saltó el animal levantando un chispero de fango que a todos nos salpicó y partiendo por el espacio libre, se lanzó al río.

Nadó un poco con la cola y la cabeza en alto, seguido de cerca por grandes burbujeos de agua; de pronto se sumergió, volvió a flotar, y se sumergió otra vez y en su lugar entonces, surgieron unas manchas rojas que se extendieron con el curso de la corriente.

—¿Qué pasa?—pregunté.—

—Los tiburones—me respondieron.—

Salía el sol. Como un sudario, la bruma se recogía en sí misma sobre las pardas aguas de la Bahía y se veían blanquear a lo lejos, diminutas, esparcidas entre cerros, como un apiario moderno, las casas del poblado de Sánchez.

VII.

Noté aquella mañana que los monteros trataban en frecuentes conciliábulos algo que me interesaba. Entre ellos, había uno, Gabriel Mercedes, que había sido mayoral de mi casa y que me cuidaba como si aún fuera el muchacho ñoño que mi padre, el “Comandante”, llevaba siempre consigo en todas sus salidas. Me costaba esfuerzos demostrarle que yo era un hombre. Le enseñaba jactancioso mi bigotillo incipiente y rechazaba sus insistentes protecciones que a la verdad me enfadaban.

Podía conducirme con la misma dureza que lo hacía él y hasta trataba a veces de superarlo. Veía que Gabriel Mercedes estaba admirado de mis proezas y me alababa a hurtadillas hasta la ponderación. A la verdad, esas proezas sólo habían consistido en soportar largas hambres, a lo cual ciertamente no estaba acostumbrado, e ir haciendo grandes caminatas a pié.

En general, los monteros, sobre todos los cuales tenía yo ascendiente de familia, iban viendo con asombro como el “Patroncito”, que se había hecho hombre en la

Ciudad, a lo menos estudiando para cura, resistiera las fatigas para las cuales ellos únicamente se creían preparados; y más cuando no se explicaban qué clase de interés me movía, pues sabían muy bien que en mi casa, otros eran los encargados de buscar la carne para el diario sustento, la cual encontraban siempre en abundancia, sin tener que mojarse los piés.

Gabriel se me acercó por fin y me dijo que pensaban ir a curiosear a La Mata, lugar que estaba entre Barracote y el Yuna. Que eso era una especie de islote en donde se estaba con el agua a las rodillas y abundaban mucho los caimanes. Allí era tal la cantidad de mosquitos, que para cocinar había que hacerlo debajo de pabellón. Ellos deseaban que yo fuera a esperarlos a casa de seño José Espinal, un hacendado que vivía en Las Carreras, antiguo amigo de mi familia, en donde había muchachas y otras cosas más. Allí me repondría para que luego siguiéramos hasta El Limón, en donde de seguro encontraríamos los animales que el Pecaó parece que iba espantando delante de nosotros.

Me resistí. Estaba bien e iría a La Mata; con eso, vería los caimanes.

Acudieron los demás monteros y me detallaron el proyecto.

Iban a construir una balsa para tres; en ella irían a La Mata en donde era muy probable que no encontraran ningún animal. Los dos monteros que me acompañarían, debían coger un cayuco en Las Carreras e ir a recogerlos. Yo debía estar preparado porque inmediatamente seguiríamos para El Limón. Per lo demás, seño José Espinal y su familia, verían con mucho gusto al hijo del “Comandante” y no me perdonarían que hubiera es-

tado tan cerca sin pasar con ellos siquiera un día. Agregaron, por fin, que Las Carreras estaban a un saltico, y casi me empujaban para decidirme.

En el saltico a Las Carreras invertimos más de medio día. Llegamos a un fundo en donde una casa amplia, de techos chatos, montada sobre altos pilares, estaba encerrada dentro de una cerca que bordeaban los empinados barrancones del Yuna.

Un enjambre de perros rollizos nos vino al encuentro; tras de ellos, apareció una muchacha con las faldas remangadas, mostrando unos tobillos apilonados y gritando con voz que dominaba el tumulto:

—Pásen, pásen, no jácen ná; son uno aicagüete!

Efectivamente, los perros eran unos alcahuetes. Paladines de la hospitalidad campesina, al descender de las mulas, nos prodigaron zalamerías como si de mucho tiempo nos conocieran.

Entré a la casa. En la habitación que servía de sala, espaciosa y limpia, se destacaba enmarcado en gruesas cañas un retrato del General Lilís. En un ángulo, la tinaja dentro de la cantarera empenachada de jícaras escrupulosamente blancas, que invitaban a beberse el contenido de la tinaja. Una hamaca de cabuya pendía de los tirantes y los cuatro setos se recubrían bajo mil grabados recortados de periódicos y revistas que presentaban una extraña policromía.

Sucesivamente fueron llegando, procedentes de la cocina que humeaba al fondo, frente a la puerta, una señora, de poco más de cuarenta años, a la cual saludé como el ama de la casa; un anciano delgado y pálido, de barbi-lla recortada; un muchachón mofletudo y cuadrado y, por fin, dos muchachas, jóvenes, y la que parecía mayor.

acusando un aire de distinción sorprendente en el sitio y a cuya vista, bajé los ojos, avergonzado de mi indumentaria raída y teñida por los matices de los diferentes barro que había batido.

Cuando me dí a conocer, la acogida se tornó estuendosa. El anciano delgado le gritó a un Mañé que fuera corriendo al potrero a buscar a José, porque había llegado el hijo del "Comandante". La señora palmoteó a la cocina pidiendo café y las muchachas se refugiaron en el aposento de donde salieron a poco con los cabellos alisados y la pequeña con la cara veteada de polvos.

Me senté en la hamaca. Una lasitud bienhechora me invadió. Sentí llegar al espíritu, como cosa reconfortante y nueva, el canto de los gallos y el gorgojo de las palomas que revoloteaban en el patio.

Llegó Don José Espinal. Hombre maduro pero récio, como de la estirpe de los primeros isleños que vinieron al país. Sus ojos francos y abiertos me acogieron con una mirada de sorpresa y por poco me hace estallar los huesos bajo la presión de un abrazo fuertemente dilatado.

Se lamentó de mi estado; votó contra el camino; mandó que me quitaran los zapatos, que me labaran los pies, que me dieran de comer, que me buscaran ropas, que me tendieran una cama y daba vueltas en torno mío, murmurando repetidas veces:

—Lo más lejos que yo tenía; lo más lejos que yo tenía...

Como irritado porque no se hacía en seguida todo lo que indicaba, exclamó con entonación suavemente enérgica:

—¡Preciosa!...

Respondió la mayor de las muchachas, y yo pensé que el nombre era acertado. Unos ojos claros, adormecidos bajo las sombras dulcemente suaves de las pestañas oscuras, se alzaron hasta el rostro del viejo en atención y espera:

—¡Lávale los pies al patoncito! . . .

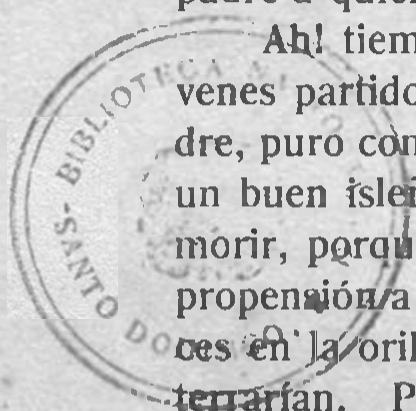
Por nada en la vida lo hubiera consentido yo. Me erguí protestando y díjele que lo que me convenía era un baño en el río, para lo cual me proporcionaran una buena pasta de jabón y media docena de tusas.

Rieron todos de mi salida, y a poco, casi nadaba en una batea llena de agua perfumada y tibia.

VIII.

Después de haber comido, enfundado dentro de unas ropas que gritaban a lo lejos no ser mías, Don José me arrastró consigo por las afueras. Me mostró los corrales, los secaderos, las colmenas, los plantíos de cacao cuajados de mazorcas que colgaban de las ramas amarillando como gruesas pepitas de oro, mientras que hablaba de mi padre a quien decía querer como a un hermano.

Ah! tiempo que no se veían. Ambos habían de jóvenes partido juntos el catey. Era un hombre, mi padre, puro como no había otro, temerario y honrado como un buen isleño. Tal vez no se volverían a ver antes de morir, porque sabía que mi padre tenía cada vez más la propensión a retirarse a la Ciudad, y él, había echado raíces en la orilla del Yuna, en donde era seguro que le enterrarían. Pensaba que no duraría mucho, y después de todo, así era mejor. El mundo estaba perdido; en las gentes ya no se podía creer. No nacían más que sinvergüenzas, tramposos, holgazanes; letrados sabichosos sin conciencia que solo pensaban en vivir del prójimo. En



estos tiempos, a diario tenía que andar de notariás, él que era un hombre que no necesitaba testigo para sus tratos, y de alcaldías, averiguando con ladrones, cuando era justo que a esos se les matara sin tomarles declaración.

Dando vueltas llegamos a la orilla del río. Iba atravesándolo, bogando en una ligera barca que la fuerza de la corriente hacía derivar hacia nosotros, cubiertos los hombros con un mandil a cuadros y el peinado en bandos, cuyas crenchas impelidas por el viento le batían sobre el rostro, la muchacha mayor de la casa, Preciosa.

—Oh!, ¿y no se ahoga?—exclamé—y sentí profundamente la amenaza de que aquella muchacha cuya primera vista me había de una extraña manera impresionado, cayera en las aguas turbias y rápidas del río y se apagarán sus ojos claros, de miradas tan dulcemente adormecidas bajo las sombras adorables de sus pestañas oscuras.

—Que va!, si náda como una guabina y ha nacido en eso.

En seguida el viejo habló de las muchachas. Era lo que más le preocupaba. No eran feas y pasaban por tener algo. Yo no podía imaginarme la pandilla de pisagramas, que no servían para atajar un pollo, que andaban detrás de ellas. A esa, a la más grande, él la había mandado a Sánchez para que aprendiera; pero ya, según la maestra, no tenía qué enseñarle y desde hacía más de tres meses la tenía aquí y estaba con el credo en la boca, porque hasta las mujeres de estos tiempos, aún cuando fueran de buena casta de su hijas, nacían locas y se entusiasmaban con el primero que pasaba.

El sabía, desde luego, que no eran para él; pero de casarlas, debiera ser con hombres que sintieran el peso

del ruedo de los pantalones y francamente, en toda la orilla del Yuna no había uno que sirviera.

Estuve tentado de preguntarle si, en su concepto, era yo cosa que servía; pero me detuve, pues, ¿acaso pensaba casarme porque hubiera visto unos ojos bonitos?

Siguió hablando el viejo y así retornamos a la casa en donde estaba servida la cena que, a la moda rural, era un banquete.

Cenámos. Me sentía perplejo ante las multiplicadas complacencias de aquellas gentes candorosas y sencillas. Estaba henchido de agradecimiento y bendecía nueva vez a mi padre que con su noble y honrado proceder y el prestigio de su nombre, conquistaba devociones y afectos que recogía su hijo por todas partes.

Fué encantadora la velada de aquella noche. Hice el recuento hasta el día, de la expedición, mejor que pudiera escribirlo. Bajo la interesada y curiosa mirada de unos ojos claros, mi voz musicalizaba al describir las selvas soberbias que habíamos cruzado. Cuando relaté el lance con el verraco, las mujeres se horrorizaron y el viejo José se encabritó, y tomando la palabra, relató lances parecidos hasta agotar la sesión.

Me indicaron mi habitación; en ella, un catre alto vestido de sabanas blancas, con profusión de encajes, casi se ocultaba entre almohadas que solo se apartaban para dejar un espacio estrecho como para un niño. En la almohada de cabecera, de un calado cuidadoso, se destacaba, surgiendo de un corazón bordado en seda, el perfil elegante de una letra inicial. Comprendí y dormí abrazando aquella almohada.

Desperté ya entrado el día; sobre una silla estaban mis ropas, limpias, zurcidas y planchadas. Me lavé es-

trepitosamente y a poco, una mano femenina, de tono anacarado, penetró despacio por el abra de la puerta, sosteniendo una taza de café fragante y vaporoso. Quedamente, oí una voz argentina decir:

—Buenos días, Patroncito...

Me acerqué; abrí un poco más la puerta y aparecieron los ojos claros velados por las pestañas oscuras y en la cara sonrosada que les servía de estuche, contemplé una boca roja, mostrando a través de la suave abertura de los labios, una hilera de dientes blanquísimos.

—Mire—me atreví a decir—tengo un nombre feísimo, pero que dicho por Ud. ha de sonar como las campanas de mi pueblo.

—¿Sí?, ¿I como suenan las campanas de su pueblo?

—Suenan, como un te quiero mucho.

—Anjá!, gracioso ha amanecido Ud. Pero ande, tómese el café y dígame al fin cómo se llama.

—Aulio.

—¿Aulio?, raro; yo sí que tengo un nombre feo y que no me conviene; dígame, Preciosa...

—Adjetivo que la explica maravillosamente.

—No lo entiendo.

—Le daré una clase de gramática.

—Bueno, cuando Ud. quiera; pero ahora voy a ordenarle el desayuno. Veo que Ud. se está muriendo de hambre.

—Como un maestro de escuela, Preciosa; pero antes, dígame ¿cómo ha amanecido?

—¿Ahora se acuerda?.. pues bien.

—Oiga ¿y no soñó anoche?

—Ah! sí; soñé que el verraco se lo había tragado. Y desapareció tras la cortina vaporosa que tapizaba la puerta.

Corrí al espejo; me miré atento el rostro; atuséme el bigotillo; me alisé el pelo; volví a mirarme atento. Compuesto, como mejor me imaginaba, salí de la habitación, estirado, como para una fotografía.

Don José me esperaba calzadas las espuelas. Ibamos a dar una vuelta por la propiedad, Mientras me desayunaba, me dijo que los monteros se habían ido para La Mata y que él les había dado algunos perros, porque pensaba que allí harían algo.

IX.

La propiedad de Don José Espinal se extendía muchas leguas siguiendo la orilla izquierda del Yuna.

El viejo y yo, ambos montados, conteniendo los esforzados bridones que pugnaban por salir a la carrera y mientras hablaba él con entusiasmo de las tierras lujuriosas que pisábamos, cruzábamos potreros, extensas praderas absolutamente llenas, en las cuales verdeaban los pastos, recortados y uniformes, como si estuvieran formados por una sola e inmensa mata de yerba. De trecho en trecho, encontrábamos trozos de ganado, yeguas o vacadas, que con la cabeza en alto, desfloraban la yerba en cogollo. Para romper la verde monotonía, se intercalaban aquí y allá, separados por cercas cimétricas, palmares en donde la vista se perdía a través del enrejado de sus troncos enhiestos, y en ellos, incontables manadas de cerdos, arrastrando pesadamente su carga de grasa.

A un palmar sucedía un potrero y así alternando hasta llegar a los cacaotales; a esos, fué forzoso recorrerlos por las estrechas trillas que seguían las empalizadas,

porque los árboles, pequeños de por sí, se aplastaban al peso de las mazorcas que desde las raíces a las más delgadas ramas se apretaban en un florecimiento milagroso. Estaba admirado. Allá afuera, en las tierras nuestras que yo tenía por muy generosas, jamás había visto el trabajo del hombre tan espléndidamente correspondido.

El viejo José me explicó que esto era quizás único en el país. El Yuna, como un río de que él había oído hablar y que estaba en no sabía qué parte, cubría con sus avenidas periódicas todo el recinto, muchas leguas adentro, hasta los cumanzales que yo había visto a la salida de las serranías. La tierra se fertilizaba con los sedimentos y los grumos profusos que sus corrientes arrastraban. En cualquiera parte que se hollara, se encontrarían por lo menos, cuatro varas castellanas de esa capa vegetal, negra y suelta y en la cual germinaban hasta las obras de misericordia.

No era exageración decir que aquí se veía y se oía la yerba crecer. Casi de un día para otro, las semillas que habían sido plantadas, surgían en pimpollos cuyas hojas se desdoblaban como por arte de brujo, hasta convertirse en árboles.

Le habían dicho por ahí que el maíz era bueno sembrarlo a no más de cuatro granos por mata y a cierta distancia. Eso sería en otra parte; él sabía por experiencia que si lo sembraba así, recogería madera para leña; porque era tal el vicio con que esa planta crecía, que había que echar un puño de grano en cada hoyo, de manera que los tallos se restaran mutuamente vigor, y a un crecimiento razonable, convirtieran en mazorcas la fuerza que de otra manera emplearían en desarrollarse como cañas de bambú.

Los plátanos eran eternos; de las plantas que él tenía sembradas, comerían sus nietos y aún sus biznietos. Lástima que en otra parte hubiera necesidad de ellos; él, muchas veces, tenía que dedicar peonadas a que sacaran de los conucos los racimos que de puro maduros se podrían, formando verdaderos lodazales y que atraían enjambres de plagas que hacían intransitables los conucos.

Pero con todo, esto no era un edén. Se vivía bajo la constante amenaza del río que cobraba muy caros sus servicios. Podía anochecer escurrido y amanecerse dentro de un lago cuyas aguas formaban horizontes. Debía fijarme en que las casas estaban todas montadas sobre altos pilares; hasta el piso de ellas llegaban las aguas, y las canoas entonces, se amarraban a las puertas para en caso de que subieran más aún, embarcarse por necesidad de embarcarse, sin rumbo alguno. Las aguas duraban muchos días estancadas, porque las bocas del río estaban osbtruidas y sólo chorro a chorro iban a la Bahía las cuantiosas cantidades que de por sí el Yuna acopiaba, más la que le vertían sus caudalosos afluentes. Cuando por fin pasaba la *aniega*, como se le llamaba, quedaba convertido en un erial aquel paraíso. Del ganado sólo se salvaba la parte que a fuerza de nadar se alojaba en los barrancones del río, una estrecha cinta que aquí y allá, quedaba en seco. Después de la bajada de las aguas, los potreros amarilleaban calcinados por la transpiración de la tierra, sin que quedara una sola brizna verde. Hacía unos ocho años que se había registrado la última *aniega* grande. Para entonces, él no sabía el número de reses que tenía, como no lo sabía ahora, pero pensaba que no tendría menos, y de ellas, sólo se salvaron para semillas, unas cuantas vaquitas enflaquecidas, diseminadas en nu

espacio de más de siete leguas; de las yeguas, quedó alguna docena y de los cerdos, ni uno. Pasó hambre su familia, hasta que pudieron traer provisiones de Sánchez y así, se vieron obligados a comer mucho bacalao.

Eso sí, proseguía el viejo; las cosas se multiplicaron como por ensalmo. Las vaquitas enflaquecidas y las yeguas que sobraron, se convirtieron de pronto en una buena porción, y algunas marranas que consiguió, lo mismo; porque a la orilla del río los animales parían que daba pena y si no fuera porque a los ocho meses los becerros son toros y los marranos puercos, mamarían de las madres con los nuevos hijos.

Una cosa sí había; todos los haraganes de la República estaban aposentados en el lugar. Vivían jugando o bailando en las noches, de lunes a lunes, y echados panza arriba en las tarimas durante el día. Las mujeres se encargaban de ir por plátanos a los platanales que habían plantado sus abuelos o las corrientes del río, y la carne aparecía fácil, pues con dos perros era suficiente para conseguirla detrás de la cocina. Como a nadie se le negaba nada, iban a su casa o a la de otro y se cargaban de lo que les parecía. La leche se regalaba o se botaba, porque no había vasijas en qué echarla y los quesos se hacían sólo para juntar moscas; porque, después de todo, a lo único que se le sacaba dinero era al cacao; lo demás, no valía nada. Había que ver la reata de novillos de que él se deshacía anualmente, por unas tristes onzas, no más de un puñado.

Llegamos a una casita, también montada sobre altos pilares, de la cual descendió una legión de chiquillos de poca diferencia de tamaño y quizás de edad, que acompañados de unos cuantos perros, vinieron a recibirnos.

Según los muchachos iban llegando hasta las bridas del caballo que montaba el viejo, hincaban de golpe una rodilla en tierra y exclamaban con voz chillona y suplicatoria:

—Seño José...

—Padrino...

—Seño José...

—Padrino...

—Ño José...

—Padrino...

A una y otra mano, el viejo, con una sonrisa bonachona respondía:

—Bendiga; bendigá; Dios te críe; bendiga. . bendigá. .

Desde lo alto, una señora, la comadre, con un mocoso en los brazos, nos invitó con insistencia a desmontarnos; pero el viejo se limitó a preguntar por el compadre Andrés y le respondieron que estaba del otro lado, en la bodega.

—Enjé, siempre en la bodega mi compadre—rezó el viejo y espoleando el caballo, inició la marcha.

Lo que él me decía; aquel hombre era uno de los muchos a quien él quería encaminar, pero inútilmente. Cargado de familia, le había aconsejado y mejor que aconsejado, le había puesto casa y dádole principal; varias puntas de ganado a partir, buenas piezas de cacaotales y terrenos además en donde los ensanchara a su provecho; y aquel compadre, que no dormía de día, hacía algo peor, pues los pasaba en la condenada bodega bebiendo aguardiente, en lo cual naturalmente se le iban los becerros que se conservaban a la buena ventura y los cajones de cacao que retozando recogían los muchachos. La mujer, como una curía, le paría todas las lunas, y así,

iba él teniendo más ahijados de esa sola fuente, que becerros el compadre.

Pasando por nuevos potreros, alternados con palmares y cacaotales, arribamos por otra vía a la casa. En la galería, Preciosa, con las manos en pantalla sobre los ojos, escrutaba la lejanía hacia el rumbo que llevábamos.



X.

En aquel medio día récio, bajo un sol de fuego, la tierra traspiraba vaho de fragua. Se sentía esa lasitud de sopor que pesa en los párpados obligando a la siesta.

En esa hora, después de comida, Don José quiso llevarme a un potrero situado río abajo, en donde estaba apartando ganado para vender. No obstante mi inclinación a ir, las mujeres insistieron en que me quedara y me dejé convencer, rescostado en la galería, con los pies en alto, al favor de la brisita cálida que soplaba a rachas del río.

Bajo el silencio canicular y grave, turbado únicamente por la estridencia de las chicharras que se tostaban al sol, dormité un poco, entreabriendo los ojos, porque velaba algo que presentía estaba por llegar.

Crujió levemente el piso como bajo el andar de alguien en puntillas y noté a mi espalda, parpadear una sombra imprecisa.

Cualquiera diría que es imposible recordar, como lo recuerdo yo, los detalles nimios de escenas y coloquios que

pasaron hace tanto tiempo. Mas, así como es cierto que en la mente del niño se graban para siempre las primeras impresiones de la vida, así hay impresiones de adulto que no se olvidan tampoco; son oasis bienhechores y dulces, en donde el pensamiento se refugia a menudo, cuando echa a viajar por el arenal de los recuerdos amargos de la vida. Siempre que arrecian mis tormentas interiores, cuando me estrechan los remordimientos o me desespera el recuento de deficiencias que no debo perdonarme, acudo, como como el niño azotado al regazo de la madre, a estos recuerdos, y por eso los tengo tan presentes.

Adiviné en aquel momento la presencia de Preciosa en la galería. Me parecía sentir en el rostro el calor de los rayos de sus ojos claros.

Había visto hasta entonces muchas mujeres. Mujeres de ciudad, frívolas y untadas que me parecían postizas y cuyos encantos estudiados no me seducían. Mujeres de pueblo que desde los diez años jugaban a marido y a mujer por los traspatios con los chiquillos del vecindario, concertando matrimonios tempranos que se podrían en hijos. Mujeres campesinas, cortadas y embarazosas a las cuales con mucho trabajo se les sacaba un "síse" o un "nóse"; pero no había visto una mujer que, como esta Preciosa, fuera desde el primer momento un hallazgo sorprendente, una inesperada acomodación de la realidad a mi fantasía, y luego, una fuente de ternuras, una realización cabal de aspiraciones y anhelos tenidos hasta entonces por imposibles.

Desde mi asiento y sin mover la cara, ensayé disimuladamente mirar hacia donde ella estaba.

Con el rostro apoyado en las manos, recostada en el

extremo de la galería, me produjo el doloroso desengaño de que no me miraba. Miraba hacia el río, y la brisa, avivada al llegar de la tarde, le alborotaba sobre el rostro los rizos sueltos del cabello y plegaba, sobre sus carnes firmes y discretas, la muselina del vestido. Sentí intentos de levantarme y de un salto, como un gato, llegar a ella y morderle la nuca.

Me levanté en efecto, mas ella al sentirme, volvió hacia mí los ojos. Turbado, busqué una salida y lo único que se me ocurrió fué preguntarle, y le pregunté con el dejo más dulce que pude sacarle a mi garganta seca:

—¿En qué piensa?

—En nada; espero que haga sombra para irme al río; si Ud. quiere ir...

—Ah! sí; ayer tarde la ví y por cierto que pasé un gran susto; temí que se ahogara...

—Qué tonto; ese río no me ahoga a mí.

—¿No?

—No; primero porque no quiere y segundo porque no puede.

—Lo primero es seguro, Preciosa, porque el río ha de tener alma, y lo segundo, porque en el caso de ayer, lo hubiera impedido yo.

—¿Ud., y, acaso le importaría?...

—Sí, mucho... y acercándome a ella, quise hacerle una declaración en regla, como esas que estudiábamos en el baño, para a la salida de la escuela, con la mano en el pecho, espetársela a la huraña colegiala y que con tremulaciones en la voz, empezaba siempre así: "Señorita, siento por Ud".

Pero en aquella vez sentía, y como en todos los ca-

sos en que me ha ocurrido eso, no supe decir nada o lo que dije me salió muy mal.

Nos dirigimos al río, yo hablaba siempre, hablaba con calor. Quizás el fuego de los ojos que chispeaban quemándome las órbitas, suplía mis defectos de expresión.

Nos acomodamos en una pequeña barca que era la misma de la tarde anterior. Tomó ella los remos y al inclinarse para dar el impulso inicial, me dijo con un gestecillo graciosamente imperioso:

—¡Cállese, que con sus mentiras va a naufragar la barca!

Yo no mentía. La misma marejada de amor propio que me ha sacudido cuando me he visto contrariado alguna vez, me sacudió entonces. Hablé con más vehemencia; y luego, con el tono grave y preciso, propio para formar la convicción, juré y si no me puse de rodillas, fué porque la estrechez de la barca no lo permitía.

Cuando hice la pausa necesaria para una interrogación, ella, mientras miraba de soslayo los círculos que el remo trazaba sobre el agua, dejó escapar encantadoramente un:

—Tal vez...

Siguió la barca rasgando las ondas enarcadas del río. Levantábanse bandadas de garzas que con vuelo pesado iban a posarse, graznando, sobre las ramas de las palmeras vecinas.

Ya iba declinando la tarde, cuando empezó a caer uno de esos chubascos repentinos y gruesos que se desprenden de las nubes perdidas que a ratos cruzan los cielos tropicales. Para guarecernos, saltamos a la orilla, buscando el abrigo de una rama. Preciosa estaba con-

tenta, feliz; reía, y mirando al cielo y mirándome significativamente a mí, exclamó:

—Son las agüitas viajeras...

I luego:

las agüitas que vienen y se van murmurando,
las agüitas que dejan un pacífico y blando beso
fugaz...

Desprevenida, le sellé los labios con un beso que res-
talló fuerte, con la explosión de mi fuego interior. Des-
de la barranca, oí una voz que gritaba:

—E-je-jey!...

—¿Quién es?—pregunté alarmado.—

—Es Sayo, mi hermanita—respondió, y enarcando
las manos sobre la boca, le gritó riendo:

—¡Mi-ro-na!...

XI.

Don José regresó de un humor excelente. Su charla que parece no prodigaba, puso la casa en fiesta. pronto se contagiaron con él, su cuñado, el anciano delgado de la barbilla recortada, su mujer, Rosita, y hasta la pequeña Sayo.

Preciosa tenía en los ojos unos destellos nuevos. Reía y su risa cantarina, semejaba chasquido de cristales.

Después de cenar, fuimos a reunirnos a la sala que refrescaba la brisa de la noche entrando a chorros por los ventanales. Preciosa y yo nos sentamos próximos y no lejos de nosotros Sayo, que nos perseguía, mirándonos a hurtadillas con una sonrisa pícaro.

Vicente, el anciano delgado, contó algunos de los que él llamaba pasajes de su juventud. Eran juergas, travessuras y peleas por un quítame estas pajas; de ellas, no siempre había salido bien librado y para demostrarlo, se alzaba hasta los hombros la camisa a listas que llevaba y enseñaba, especificándolas, cicatrices semi ocultas por las rugosidades de la piel.

El rostro marchito se le iba animando al paso que ponía de manifiesto con amplios ademanes, una agilidad no sospechada a su edad.

Como intencionalmente, la señora le recordó algo que talvez se relacionaba con un amor desventurado o con un desengaño sufrido por él. Noté que repentinamente, los arcos de las cejas se le contrajeron y que enmudeció. Terció entonces Don José y a manera de reproche dijo:

—No, Rosita...—y como para hacer olvidar, les pidió a las muchachas que recitaran.

Queriendo evadirse, Preciosa instó a su hermana, la cual protestaba, vergonzosa, tratando de escurrirse. Su mamá la contenía repitiendo:

—Vamos, muchacha, dí algo, que tú sabes.

Intervine yo; me imaginaba la causa de su cortedad. La animé cariñosamente y después de algunas instancias, se levantó, y haciendo tribuna de una silla, comenzó a decir con gesto amplio y la voz en falsete:

Arbol que crece torcido
nunca su rama...

Estalló Preciosa en una carcajada que cortó a la declamadora en vilo; reí yo, reimos todos, y cuando Don José le aconsejó que dejara a Mantilla y que dijera otra cosa, la muchacha se escapó avergonzada hacia las habitaciones interiores.

—Bueno, entonces tú—dijo el viejo dirigiéndose a Preciosa—pero nada de esas finuras que casi no se entienden; que sea de Juan Antonio Alix.

Tercié yo con entusiasmo:

—Sí, Preciosa, de Juan Antonio Alix; es nuestro poe-

ta nacional; sus cosas tienen el sabor de la tierrita y dichas por Ud. han de saber mejor.

—Preciosa, aquello de “te quiero porque te quiero” —intervino Doña Rosita.—

Desde su asiento, levemente recostada, al principio con los ojos en alto, recitó las conocidas décimas con una entonación que sonó en mi oído, como suena la música de las canciones con que nos han dormido de pequeños.

No pasó mucho tiempo sin que alegando sueño, se retiráran uno tras otro, Don José, la señora, y Vicente. Quedamos Preciosa y yo solos.

Pasamos largo rato sin decir palabra. Recuerdo que cuando intentaba hablarle, se llevaba presto el índice a los labios y con simulado afán me indicaba que callara y así, entablamos un diálogo de miradas y ademanes.

¡Cómo se divertía advirtiendo mi curiosidad y mi nerviosa inquietud!

Al fin, muy quedo, fuimos entrando en explicaciones efusivas y la habitación se llenó poco a poco de susurros y de apagados silabeos.

Ladraron los perros afuera y como si viniera del otro mundo, oí una voz que dijo en la puerta:

—Santas noches, señores.

Inmediatamente reconocí la voz de Gabriel Mercedes y fuí a su encuentro.

Habían llegado con él los monteros; venían radiantes de contento porque la caza había sido abundante y fácil. Traían repleta de carne, además de la canoa, una balsa a remolque. Los animales se habían dejado matar como si fueran moscas.

Enseguida me dijo Gabriel que me preparara porque aquella misma madrugada nos iríamos.

—¿Qué nos vamos?—pregunté desconcertado.—

—Poi la madrugá, si Dió quié—afirmó otro.—

Oí entonces, que Preciosa llamaba a la mamá y le decía que los monteros se iban aquella madrugada y el Patroncito también.

Don José gritó desde la cama dirigiéndose a nosotros:

—¿Cómo es eso, qué se van?

Le contestó Gabriel:

—Sí seño José; jácen mucho día que salimo de casa y caicule, ya tamo loco poi llegai...

—Pero, caramba, ¿y por qué no lo dejan para pasado?

—Ay! seño José, le juro que no podamo...

Entonces el viejo, con el mismo tono, dió órdenes para que nos prepararan comida e hizo muchos encargos más.

Encontré a Preciosa en un extremo de la galería; a la luz de la luna, me pareció muy pálida.

—¿Te vás?—me dijo aflijida.—

—Sí, pero no me voy solo, Preciosa, imposible; te vas conmigo.

—¿Yo?

Sí, tú, y ¿cómo has creído que pudiera dejarte?

—Estás loco.—

—¿Loco? y ¿por qué? y tomando sus manos entre las mías, le expliqué que iríamos al pueblo, en donde mi madre que veía por mis ojos, la acogería muy bien; porque ella quería todo lo que yo quería; que nos casaríamos e iríamos a vivir a la Ciudad, una vida nueva para ella y encantadora para los dos.

No debía vacilar, pues, ¿acaso no me quería?, o no era

para ella más que un capricho?... ¡un capricho!, como tal vez había tenido otros...

Oh! eso nó; la ví sacudirse y protestar indignada y de ahí, con poco esfuerzo, accedió y prometió formal:

—Pues bien, a la salida de la puerta.



XII.

Era de noche todavía cuando rompimos la marcha. Dificilmente conteníamos a las mulas cuyo instinto les decía que retornábamos al lar. La impaciencia les aligeraba la carga que era considerable. Desfilábamos silenciosos y yo, que era el último, seguía a los que me precedían, guiado por las flamas de los cachimbos.

A poco andar, junto a la puerta a trancas que daba salida a la cerca, noté una sombra blanca.—Era Preciosa.

Echando pié a tierra fuí a ella y la encontré nerviosa, asustada. Sin decir palabra, empecé a librar a mi mula de parte de la carga que llevaba, tirando hacia lo lejos atados de yaguas que contenían tocinos. Estaba en eso cuando se me acercó Gabriel Mercedes. Había notado que me detenía y venía solícito a inquirir la causa.

—¿Qué pasa, Patroncito?

—Que preciosa se va también y estoy descargando la mula.

—¿Cómo dice?

—Que Preciosa se va con nosotros; mírala ahí...

—¿Preciosa, la jija de Seño José?—preguntó casi en voz alta.—

—Sí, pero habla más bajo.

—Pero, ¿econdía dei viejo?

—Ya lo sabrá después...

Noté en las sombras que Gabriel hizo un gesto resuelto y agarrándome fuertemente por un brazo, dijo:

—Oiga, Patroncito, eso no debe sei... no debe sei... piense en ei mai que Uté le jaría a seño José y piense en ei diguto que le daría ai Comandante. Recueide que nojotro hamo salío poi caine y no otra cosa debemo llevai... Patroncito, si utedetán enamoráo, la cosa se pué jacéi de otra manera, como lo jacen la peisona honrá.

I dirigiéndose a Preciosa:

—No saiga Uté de su casa, niña; no saiga asina, poi que va a matai a su viejo de la pena. Oiga, cuando ei Patroncito quiera, yo le juro que se lo vueivo a traéi; vendremo lito pa jacéi la cosa, la jaremo legaimente y antonce, Uté se dirá con ei como Dió manda.

Amanecía; despertaban los dormidos ruidos del campo: cantos de gallos, batir de alas, gorgoros de pájaros, bramidos de vacas requiriendo a sus hijos, voces lejanas...

Las palabras del montero gravitaban en mí y notaba que Preciosa era presa de una gran angustia.

Tomé sus manos en las mías y las sentí latir como dosavecillas asustadas. Mirándola a los ojos, aquellos ojos claros, inolvidables, le dije con emoción:

—Sí, Preciosa, hacemos mal con esto; quédate y te juro que pronto, muy pronto, volveré y entonces, como dice Gabriel, te llevaré como Dios manda. I huyendo

de mí mismo, corrí hasta pasar a los compañeros que se adelantaban.

Hice un retorno triste; sentía que dejaba en el Yuna algo muy mío. Llegué a mi casa resuelto a volver y pensé mucho tiempo en volver, pero... el infierno del camino... los días que pasaban... mi destino... María...



MARIPOSA.

Mariposa era un buey, un buey inteligente y manso que adquirí por obra de suerte, hará cosa de veinte años, cuando me inicié en la profesión de comerciante.

No supe nunca de animal que se adaptara más pronto a toda clase de trabajo, con la conciencia y la buena voluntad de Mariposa. En distintas ocasiones probé, que con la misma maestría que uncido al yugo tiraba de una carreta, de un arado, o movía las complicadas mazas de un trapiche criollo, soportaba un aparejo, para servir también como un caballo, de bestia de carga.

Tenía un paso onduloso, suave, que aligeraba sin que fuera preciso aguijarlo, compenetrándose con prodigioso instinto con la voluntad de quien lo guiaba.

Como en los principios de mi profesión hice de buhonero, Mariposa me servía de montura y era, a la vez, el vehículo para transportar mis mercancías. Así, en inseparable compañía, anduvimos mucho tiempo por campos y poblados. Para entonces, ocurrió un incidente que debo citar en honor del noble animal.

Un día llegué a una cerca en cuyo interior se hallaba la vivienda de un cliente mío. Como encontré cerrada la puerta con gruesos troncos, rícidamente amarrados, dejé junto a ella a Mariposa y me dirigí al interior. No pasó mucho rato, cuando oí que el buey bramaba de una manera harto elocuente, para pensar que algo anormal le acontecía. Salí seguido del dueño de la casa y cuando llegamos a la puerta de la cerca, vimos a un hombre revolcándose en tierra y varias de mis mercancías esparcidas por el suelo. Mi compañero reconoció al sujeto y entre ambos lo apresamos; era un ladrón ha tiempo perseguido por la policía. Contó después, que al ir a robar en el árgana que montaba el buey, le dió una tremenda patada en el estómago que lo derribó sin sentidos. Ese episodio hizo célebre a Mariposa y obligó más a él mi gratitud.

Pasaron varios años; yo prosperé y me establecí fijamente. Por los alrededores de mi tienda, el buey pacía tranquilo y confiado; tenía licencia de hacer incursiones hasta la cocina, en donde rumiaba las cáscaras y los demás desperdicios. Habíale decretado vacaciones ad vitan, pues consideraba y con razón que Mariposa era el socio, valetudinario ya, que me había ayudado a hacer un capital y a su modo debía disfrutarlo también. Así engordó. Sus lomos se mantenían en toda época del año, lustrosos y redondos, de modo que no faltaban proposiciones de compra, las cuales desechaba siempre, con aplauso de mi conciencia. Sin embargo, un día aprendí leyendo a Cato, que el buen padre de familia debe vender todo lo que se pone viejo; vender el arado, las bestias de carga, los enseres de campo y de la casa... y pensé en Mariposa.

Llegó en esos días de las regiones del Este, un tra-

tante en reses que se hospedó en mi casa, por cuyos alrededores, como de costumbre, Mariposa pacía tranquilo y confiado.

El tratante vió al buey. Admiró sus fornidas ástas y rollizo pescuezo, y me preguntó por la edad. Llevado por la costumbre de los de mi oficio, me dispuse a mentir y dije que Mariposa era casi un ternero y me extendí en elogios, exagerando las buenas cualidades del buey. Pensaba que de venderlo, ésta era la mejor ocasión. Iría el buey al Este, no sabría yo de buenos o malos tratos que recibiera y cuando le tocara la de pagar su tributo, si era su destino convertirse en biftec, no lo vería sacrificar, ni lo comería tampoco. Oh!, yo no era antropófago, por nada en la vida hubiera comido de Mariposa.

Por fin vendí el buey. Seguramente que partió a la mañana siguiente, guiando la tropa de becerros insumisos que el tratante adquirió en el lugar. Yo no lo ví partir. No tuve valor.

Pasó mucho tiempo. En uno de mis viajes a la ciudad, una mañana, cruzaba la calle Pina y tuve que detenerme al paso de un ganado que arreaban estruendosamente hacia el matadero. En dirección a mí se encaminaba con los befos colgantes y el paso tardo, un buey corpulento. Lo reconocí en el acto, era Mariposa. Mis ojos, se encontraron con los ojos somnolientos del buey, y sentí que se me clavó hondo, muy hondo, su mirada indecifrible que me pareció como de reclamo, o talvez de reproche, o quizás si reveladora de intensas fatigas, de deseos de descanso, o de perdón para mi inconsecuencia...

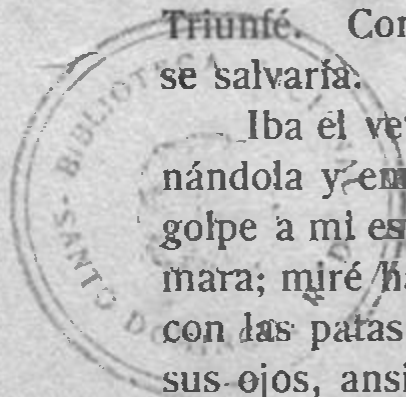
Sentí en ese momento desdoblarse en oleadas, todos los sentimientos candorosos que forman el acervo de mi temperamento. De buena gana hubiera abrazado a Mari-

posa como un viejo amigo, o lo hubiera besado en la frente como a un hijo pródigo. No sin un estremecimiento doloroso lo vi proseguir lentamente su último viaje; mas cuando pensé en ello, extendí hacia él solemnemente un brazo, e hice trémulo, la firme promesa de salvarlo.

Realicé un trabajo de hércules aquel día. Hablé al dueño y por nada pude convencerlo de que vendiera el animal. Había escasez de reses y tenía compromisos que estrechamente podía cumplir contando con la carne del buey.

Ya de tarde, una idea se me ocurrió. Seduciría, sobornaría si preciso era al veterinario del establecimiento. Lo encontré en el gran salón beneficiario, entre una partida de demonios, harapientos y ensangrentados, que iban derribando reses con felina saña, a golpes de lanceta sobre el testuz. Le hablé del buey; un buey viejo, lisiado, enfermo, impropio para el consumo y que yo necesitaba conservar por un caso de conciencia. Nunca expuse mejores argumentos para defender mi hacienda y a ratos me quedaba admirado de mi inusitada elocuencia. Triunfé. Convino el veterinario conmigo en que el buey se salvaría.

Iba el veterinario a medida que una res caía, examinándola y emitiendo un concepto breve; de pronto, oí un golpe a mi espalda como de un gran fardo que se desplomara; miré hacia atrás y ví que Mariposa yacía por tierra con las patas encogidas en un crispamiento general, y sus ojos, ansiosos, muy abiertos, con una mirada enigmática y profunda me miraban fijamente. Entonces, retorcido por todas las iras, me eché encima del demonio andrajoso y ensangrentado que portaba la lanceta y fué preciso que me sacaran a la fuerza del establecimiento.



LA RESBALOSA.

I.

Mi hacienda La Resbalosa, era intrínsecamente considerada, una excelente propiedad. La había heredado directamente de mi abuelo, quien la fomentó en terrenos de Socoa, a orillas del río Santo, la tierra de las naranjas más sabrosas del país.

Tenía la finca una extensión de catorce caballerías, repartidas en distintos cultivos. Había en ella por lo menos, mil quinientas cabezas de toda suerte de ganado y un apiario que constituía el orgullo de mi abuelo.

Con esa finca y la disposición que me prohibía venderla, se pretendía que mi independencia económica quedara asegurada para siempre, porque realmente, la finca era una mina y mi abuelo la había organizado de tal manera, que podía administrársele desde una hamaca.

Pero, por una encadenación de circunstancias inexplicables para mí, desde que me convertí en administrador de La Resbalosa, comenzó a desmejorar de una manera alarmante. Ni siquiera producía lo indispensable para cubrir sus gastos.

Sucedía que los becerros se morían en el ordeño o fuera de él, y en cada recuento el número de sementales disminuía prodigiosamente. Las cosechas, todas eran afanes y gastos, traslados y trasiegos, tercias y cuartas, y a la postre, una cantidad insignificante de granos en mala condición que era preferible dejarlos perder. A las abejas mismas, les había entrado uno que parecía vértigo de mudarse para otros colmenares.

Estaba viendo aquello con el natural desasosiego y no alcanzaba a darme trazas para remediarlo y deseando conseguirlo, me dediqué a buscar consejos, aun cuando había oído decir a personas de experiencia, que eso de pedir consejo sólo se le ocurre a los tontos.

Empecé, desde luego, por consultar al cura del pueblo. El buen hombre y yo, lo que hicimos fué enredarnos en una suerte de metafísicas, que de ninguna manera podían servir para lograr la reorganización de mi finca. Al Médico, diletanti de las escuelas filosóficas alemanas, le faltaban elementos de juicio para abrir concepto sobre el caso de La Resbalosa.

El Maestro de Escuela, un vejete que por aquellos días andaba escudriñando en cartillas de veinte centavos, la organización agraria rusa, me propuso un vasto plan que comprendía una serie interminable de juntas, sub-juntas, comités, sub-comités de organización y dirección y en donde yo por fuerza debía ser un nuevo Lenín. Menos que a nadie, me he parecido yo a Lenín. No tengo empachos en confesarlo.

Uno de mis compadres, hombre práctico y Notario de la Común por añadidura, dió en el clavo.

—Compadre—me dijo—lo que Ud. necesita en su finca es un hombre enérgico...

—Ya!

—Un hombre que haga marchar todo aquello en debida forma; que haga respetar las empalizadas, la integridad de las cosechas, el número del ganado, que no permita que se expriman como limones las ubres de las vacas, ¿comprende?; que haga aplicar la creolina a los gusanos; nada de oraciones para matarlos, ¿Ud. oye?...

—Eso es, Compadre—atajé.—Ahora, señáleme, recomiéndeme a ese hombre.

Mi compadre el Notario, abandonó inmediatamente su actitud resuelta, y sepultando una mano entre las greñas, se quedó pensativo; al cabo, levantó la cabeza, me miró fijamente y dijo:

—No lo encuentro así de pronto, Compadre. Hay que buscarlo por indicios y características...

—A ese respecto, Compadre, estoy bien —dije.—Yo he leído sobre eso. Un hombre enérgico, según los tratados y los fisonomistas, no debe ser ni grueso, ni delgado; debe tener los ojos semi-abiertos, y la mirada fija y fría; la boca fina y los labios apretados; nariz recta; debe ser conciso en el hablar, poco nervioso y al pararse, lo debe hacer sobre los dos piés...

Eso es; sobre los dos piés—afirmó mi Compadre.—

Ya no tenía más, sino con esos precisos datos, buscar al hombre. Pero, en balde lo hice durante mucho tiempo; hasta publiqué reclamos en los periódicos y nada, el hombre enérgico no parecía por ninguna parte.

II.

Casado como estaba, por las razones que seguramente conocen los que tienen ese estado, me era imposible tener a Estebanía en el pueblo. En un pueblo pequeño, en donde al momento era del dominio público la cosa menos trascendental que se hiciera... Dios me hubiera librado! Teníala en La Resbalosa, en donde era como el fluido vital que animaba la vieja casona, sombría y tiznada por el humo que despidió durante cincuenta años, el cachimbo de mi abuelo. Era además, la providencia de la finca; yo descansaba en ella, cuando no lo hacía en la hamaca que colgaba de los tirantes en la sala de la casa.

Desde muy jóvenes, sosteníamos Estebanía y yo, toda clase de relaciones, y la quería, con la mitad de mi afecto; le tributaba la mitad de mis íntimas expresiones, y le había otorgado la mitad de mi corazón. ¡La mulata aquella, soberbia, con toda la significación que pueda tener la frase esa, llenaba la mitad de mis exigencias y de mis deseos.

Ah!, qué bien me sentía en las mañanitas, cuando al apearme del catre, Estebanía me hacía tomar, espaciándolos a besos, sorbos de aquel café insuperable colado por sus manos...

III.

Al fin un día, se me plantó por delante, sobre los dos piés, un hombre, ni grueso ni delgado, que me interrogó: —¿Ud. el Señor?...

—Servidor suyo.

—Pues bien; aquí tiene un hombre enérgico.

Lo examiné de piés a cabeza; tenía todas las características, y como precisamente era de pocas palabras, nos entendimos en dos minutos. En seguida quedó investido como administrador de La Resbalosa y yo corrí alborozado a abrazar a mi Compadre el Notario.

Como me conozco y conocía a los mayordomos de la finca, no quise ir con el nuevo Administrador a ella, para evitar que con sus marrullas me obligaran a ratificar las muchas dispensaciones que les tenía otorgadas, y por lo cual, nada servía para nada en La Resbalosa. Se fué solo el Administrador y pasaron varios días sin que supiera yo, cómo se desenvolvía.

Una mañana se me apareció un Justo, de nombre únicamente, que en la finca no hacía nada, aun cuando oficialmente tenía varios cargos. Rascándose la cabeza, me expuso varias quejas del nuevo Administrador. Le hacía ejecutar unos trabajos muy fuertes. Según él, debía peinar todos los días a los doscientos burros de la finca; yo sabía que los burros de la finca eran cerriles. Debía espulgar los perros; más de cincuenta perros; debía tentar las gallinas...

Lo de tentar las gallinas, estaba bien; eso, era prudencia administrativa; pero, espulgar los perros y peinar los burros... ¿Burro peinado?; en el pueblo sólo había uno, dos a lo sumo, contando el Alcalde, y me constaba que no se peinaban, no digo todos los días, ni aún semanalmente. No obstante intrigarme los informes de Justo, aproveché la ocasión para sermonearlo:

—Buenísimo!—le dije—¿No querían estar siempre de vagos, tendidos a la bartola y comiendo como huérfanos?

Buenísimo, ahora sí que iban a saber de majagua!...

Se fué Justo, mas no tardó en volver; venía esta vez para presentarme su dimisión. Se iba de La Resbalosa porque con el Administrador, nadie se podía amañar.

Me ocupaba en arreglarle la cuenta, cuando me preguntó, poniendo una cara de bobo insigne:

—Estebanía y ei Aministraó, ¿son compadre?

—Creo que no—contesté—¿Por qué?

—Ah!, po le juro que ayei se taban abrazando...

—¿Cómo?

—Por esa lú que no tá alusando.

Era de noche y sobre la mesa en donde escribía, ardía un quinqué.

—Justo!, ¿sabes lo que estás diciendo?—proferí amenazador.—

—No séño...

—Pero. ¿no has dicho?...

—Bueno, po antonce, pué sei que viera mai...

No pude sacarle nada más al Justo. Se encerró, terco, en síses y nóses y por no reventarlo, lo eché fuera de la habitación.

Aquella noche no pude dormir. Estebanía!... Estebanía!... gritaba interiormente, introduciéndome en la boca la almohada.

IV.

Anduve el camino de La Resbalosa, aquella mañana, más pronto que lo hubiera hecho nunca.

Al llegar a la casa, la encontré sorprendentemente cambiada; las telas de araña y el hollín habían desapare-

cido. La hamaca, no pendía de los tirantes en la sala. Algunos perros, flacos y enlodados, me recibieron con muestras de fatiga.

No había persona, al parecer, en la casa. La soledad, y el orden, nuevo para mí, que reinaba en el recinto, me produjeron una sensación de vacío que me moderó los nervios.

Llamé a voces. Como sombras, asustados, fueron saliendo, uno tras otro, algunos de los viejos serviciales: Petrona, la cocinera; Felipón, el ordeñador; seño Marcos, Ezequiel, Casiana...

—¿Dónde está el Administrador? —les pregunté.—

—No tá—respondieron a coro.—

—¿Y Estebanía?

—No tá—volvieron a responder.

—¿Y Jaime?

—No tá.

—¿Y Justo está?

—No séño.

—¡Y qué! ¿Se los ha llevado el diablo?

—Si séño—respondieron siempre a coro.—

Me rasqué violentamente la cabeza, así como lo hago en los momentos difíciles en que no sé qué cosa resolver. Aquella gente tenía una facha nueva para mí; me parecieron reclutas en instrucción o gatos apaleados. Cambiando de aire y de tono, insistí:

—Pero bueno, señores, y Estebanía, y mi hamaca, ¿dónde están?

Se miraron unos a otros y volvieron a mirarse, haciendo crecer mi ansiedad.

—Señores, ¿aquí ha pasado algo?

—Sí séño.

—¿Y por qué no me lo dicen?

—No séno.

Agredí el piso con un violento zapatazo; en ese momento entraba el Administrador. A su presencia, los viejos serviciales de La Resbalosa, asumieron la actitud del recluta en presencia del jefe. Le dirigí un saludo entre dientes y seguido le pregunté por Estebanía.

—Se fué anoche con Justo.

—¿Con Justo?

—Sí, Ud. estaba de mona aquí; ellos hace tiempo que *vivían* y yo como que no tolero holgazanes ni desvergonzados, les quemé el nido.

—¿El qué?

—Que les quemé el nido—y se quedó mirándome, con una mirada característica, fija y fría.

—Ay!, también me lo ha quemado a mí—suspiré.— No puedo vender la finca—añadí—pero regalarla, puedo; así pues, es suya, se la regalo. Y volví para el pueblo, con la mitad de mi cariño y de mi corazón.... disponibles.



EL MATRIMONIO.

I.

Después de haber levantado la casa y la *vuelta* y cuando ya había encargado su baúl y el de la novia, estando fijada la fecha para el matrimonio, se encontró Manuelico con que Anastacia, su novia, no quería casarse...

Era la primera vez que una cosa de la especie sucedía en la Sección. Ninguna muchacha en Payabo, hasta entonces, se había rebelado en contra de la voluntad de sus padres, cuando éstos le buscaban novio y determinaban casarla. No lo hacían los hombres...

La brusca y extraña determinación de Anastacia, dejó perplejos a sus familiares y a los familiares del novio.

Era cierto, decían, que las cosas muy deseadas siempre se trastornan. I a la verdad, ese matrimonio se iba a celebrar con el beneplácito de las dos numerosas familias.

Se decía que Anastacia estaba resistida hasta que la mataran y sin declarar por qué, lo que precisamente más enfurecía a Mano-Julián, su padre.

Algunos pensaban en un *pisa grama* del pueblo con

quien Anastacia había conversado mucho la noche de la *vela* del Cacique; pero otros más advertidos, decían que Tomás Cleto, el dueño de la *bodega*, sí que tenía que ver con eso, y que no obstante haber sido despreciado por los padres de Anastacia, quienes prefirieron a Manuelico, Anastacia prefería a Tomás y hasta le había dado una *media caña* en prenda. Guay! las botellas le llenan mucho los ojos a las mujeres...

Mano-Julián era un viejo temerario y decía que quería ver a Anastacia mejor con cuatro velas que casada con Tomás. Tal vez sería por eso, que de un día para otro y sin que nadie se percatara, Tomás realizó la *bodega* y se enganchó como guardia.

Las cosas estuvieron así mucho tiempo, hasta que una tarde se presentó en casa de Manuelico el viejo Mano-Julián, para decirle a él y a su compadre Rosendo, que ya la muchacha pensaba otra cosa. Mano-Julián no tuvo que insistir mucho para que Manuelico fuera aquella misma noche a ver a Anastacia. La vió en efecto y hablaron un ratito.

Sentados junto a la puerta, mientras Mano-Julián y Señá-Casiana jugaban a la *brisca*, ella le dijo entrecortada y con la cabeza baja:

—Po bueno; no casaremo siempre...

Al otro día Manuelico fué al Pueblo para avisarle al Padre que corriera las *amonestaciones*. Al fin se daba el matrimonio por el cual hasta se habían hecho promesas a Higüey.

Corto era el tiempo para hacer los preparativos de la celebración del matrimonio. Hacía mucho que nadie pensaba en eso y todos estaban desprevenidos. Era necesario mandar descansar los caballos; pedir otra vez

prestados muchos aperos de montar en las secciones vecinas; correr de aquí para allá y de allá para acá; pero en donde era más fuerte el atareo, como es natural, era en casa de Mano-Julián.

Ni los muchachos, ni los *vividores* de la casa, ni los vecinos del lugar, alcanzaban para *montear*, encerrar las vacas paridas, hacer los quesos, moler la caña y hacer el *melao*; coger las goteras, descastrar las abejas, etc., y un verdadero hormiguero de mujeres se afanaba día y noche guayando yuca, sacando almidón, majando y tostando café, descascarando arroz, y aprestando todo lo necesario para un matrimonio con bulla.

Al fin llegó el día. Ese sábado despertó el Pueblo al retemblor producido por una caballería desenfrenada.

—¡Es el matrimonio de Anastacia y Manuelico!—se decían de ventana a ventana entreabiertas, las vecinas adormiladas y curiosas.

El *pavoneo* duró mucho rato. Cada jinete pugnaba por adelantársele a los demás, apretando la carrera del caballo que montaba, y la plazoleta del Pueblo era estrecha para contener el escuadrón que a toda carrera se arremolinaba dentro de una nube de polvo.

—¡Hay que morirse,—se oía decir—el caballo zaino del alcalde Alejo siempre lleva la delantera, y qué *andadura* más asentada!...

Se desmontó el matrimonio en casa de Mamá-Felipa. La vivienda espaciosa y tranquila de la vieja, en donde sólo de vez en cuando gimoteaba un netezuelo, se convirtió de pronto en un hervidero humano. Del fondo de unas árganas insondables, salieron por la mano de Cesárea, la cocinera oficial de todos los matrimonios: tocinos, quesos, hilos prolongados de longaniza, racimos de

plátanos amarillos destilando la miel, cajas, botellas, etc., y a poco, allegada de todos los perros y de todos los gatos del vecindario, atraídos por el olor de las viandas, Cesárea era un cíclope negro entre el humo y las llamaradas de diez fogones en que hervían borboteando otras tantas ollas.

La novia, vergonzosa, se encerró en el aposento, escoltada por su asidua *estribera*; y el novio, mohino, empolvado, empapado en agua de florida, con su paraguas bajo el brazo, iba y venía, atareado, en busca de nada.

Los novios campesinos, pierden rigurosamente, mientras duran las ceremonias del matrimonio, toda facultad para ejercer independientemente la acción más insignificante. Cada uno tiene su correspondiente *estribera* o *estribero*, y esos, especie de ayuda de cámara, asiduos y bromistas, no los desamparan un solo instante.

El tocado de la novia, lleva mucho tiempo; en él, no solo intervienen la *estribera*, la madrina y muchas de las convidadas que tienen experiencia en la materia, sino que también suele prestar su concurso una que otra muchacha del pueblo. El novio por su parte, sufre las mismas torturas en manos de los hombres, y a veces, queda sudoroso y sofocado bajo la presión del cuello estrangulado por una corbata que manos toscas e inexpertas le amarraron.

Al fin sale el matrimonio rumbo a la iglesia; de ahí, va a la oficialía civil. Es prenda indispensable para la travesía el paraguas que no falta a ningún convidado a matrimonio y que al salir a la calle se lleva siempre abierto. Parece que hace mucho daño el tibio sol de la mañana a una comitiva nupcial! . . .

Retornados de la oficialía civil, ya la mesa está servi-

da. Es una mesa amplia, atestada de grandes fuentes que traspiran vapor espeso y un olor pimentoso y fuerte. Los convidados se sientan apresuradamente; pero a los novios hay que llevarlos casi de por fuerza y no comerán o comerán muy poco, no obstante los desvelos de los *es-triberos*.

En un instante se vacían las fuentes que tornan a llenarse y a vaciarse otra vez, y en tanto, menudean las copas en que burbujea la cerveza o hierve el ron de caña. Al cabo, traen un chocolate humeante en pozuelos desiguales que va siendo absorbido a grandes tragos y entonces, aparece Cesárea, sudorosa, y cuadrándose en jarras en la puerta del fondo, grita con voz de trueno:

—¡Señores, se olvidó la sopa!...

—¡Que la tráigan... que la tráigan!—prorrumpen voces en tumulto y con la sopa, se da fin a la comilona que a veces es tan profusa como la de las bodas de Camacho.

II.

A orillas del arroyo Majagual, en el centro de una extensa plazoleta verde que bordea una cinta de hicacales diminutos, está la casa de Mano-Julián Remijo. Construída con tablas de palmeras, se divide en tres amplios compartimentos: la sala, en donde cuelga una hamaca; el cuarto de los muchachos, de los *vividores* y que sirve además para guardar los aperos de montar y un cúmulo de trastos, la mayoría inútiles. El otro, es el aposento de Mano-Julián, de seña Casiana y de las muchachas.

En las afueras, un poco distante, está la cocina, humeante siempre, y hacia la derecha mano, se levantan las pocilgas y los corrales. Mano-Julián, en ocasión del matrimonio, ha hecho construir una enramada que se extiende de la cocina al bohío y a cuyos costados, sobre estacas, están adosados gruesos troncos de yagrumos para servir de asientos.

Se espera el matrimonio. De rato en rato, entre la algazara de la muchachería, restallan cohetes por los aires que retumban profundos en la lejanía, levantando

bandadas de palomas, haciendo cacarear las gallinas y ladrar plañideros a los perros.

A la entrada de la plazoleta está sembrada la copa de una palmera joven, de cuyas ramas penden botellas llenas de café, rosquetes, cajas de cigarrillos, y sobre el pendón, una bandera.

Un grupo a caballo numeroso, le hace escolta. De pronto, por encima de las copas del pajón amarillento que marca el horizonte, aparece una hilera de cabezas, luego surgen los bultos y a poco, se destaca un grueso escuadrón de jinetes que se detiene. Es el matrimonio; el instante es de sensación.

Parten del grupo que llega los jinetes más atrevidos a escape tendido; su intención es despojar la palmera burlando a sus defensores; éstos se arremolinan, avanzan y retroceden, siempre en torno del árbol y dentro de una gritería ensordecedora, el saquéo se inicia.

Un jinete afortunado y audaz arrebató la bandera y entonces, todos se lanzan en su persecución, hombres y mujeres; y vuelan jinetes y sombreros por los aires, y la bandera, flameante siempre, como un pájaro de colores en vuelo desplegado, cambia de manos muchas veces, hasta que al fin, entra en la plazoleta presidiendo el cortejo.

Los novios son recibidos en la puerta de la casa por los padres. Mano-Julián Remijo, solemne y pálido, destaca su figura recia de viejo de otro tiempo, dominicano puro; a su lado, seña Casiana, en la cabeza el pañuelo a cuadros, florece su rostro marchito con una sonrisa suave. Los novios de rodillas, inclinan la cabeza y detrás, los acompañantes todos de piés, silenciosos, con las cabezas descubiertas.

Mano-Julián habla. Empieza exponiendo las obligaciones de los casados; la necesidad del mútuo respeto-y de la consideración mútua. Dice cómo los esposos se deben para un completamiento total, y como cada uno de ellos debe ser el todo para el otro. Agrega en lenguaje rudo que es su deber tener muchos hijos y trabajar para criarlos fuertes, y que a esos, a sus nietos, debe enseñárseles con el ejemplo a ser hombres de bien, sin permitirles nunca mezclarse en las guerras civiles, pues deben conservarse para defender la tierra, ya que a los *otros* no se les había quitado la idea de volver.—Al fin, hace tres veces la señal de la cruz sobre los consortes que se persignan, e irrumpe la algazara; restallan cohetes por los aires levantando bandadas de palomas, truena el balcié y, en el acordeón, empieza a gemir el merengue aquel de:

“No me mires mal
que tú siempre serás mía”...



INDICE.

